

Cajambre de Armando Romero

Una novela no solo negra

Alessandro Mistrorigo (Università Ca' Foscari Venezia, Italia)

Abstract The last novel of the Colombian author Armando Romero takes place in the forest traversed by the river Cajambre, which flows into the Pacific Ocean. In this work, Romero recollect the culture of the Pacific coast, where he had the opportunity to live as a young man, and pays a tribute to African-American women of that area, which have always been the support of local communities. The tragic story of Ruperta allows the author to explore the social dynamics between different sectors of that community, and to investigate the relationships with the white strangers, called «paisas». It is a strange *noire* and a tribute to the river, to its people and a personal story describing the wonderful and difficult impressionist landscape of the damp tropical jungle.

Profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Cincinnati, el colombiano Armando Romero es ensayista, escritor y poeta. Tras pertenecer inicialmente al grupo del *Nadaísmo*, el movimiento vanguardista literario de la década de los 60 en Colombia, viajó mucho y residió en varios países de América, Europa y Asia, entre ellos México y Venezuela. Tal vez por eso se le conoce más en el extranjero que en su país, si bien había entablado amistad con varios escritores del Boom latinoamericano como, por ejemplo, Álvaro Mutis. Los libros de Armando Romero se han traducido a las principales lenguas europeas. Son colecciones de poemas y una trilogía de novelas - *Un día entre las cruces* (1993), *La piel por la piel* (1997), *La rueda de Chicago* (2004) - protagonizadas por Elipsio, el *alterego* literario del autor. En cambio *Cajambre*, su última obra que ganó en 2011 el Premio Novela Corta del Consejo de Siero, en España, hace una pirueta cronológica en el sentido de que, por el argumento y el estilo, es como si precediera la trilogía. Publicada en el mismo 2011 por la Fundación Municipal de Cultura del mismo ayuntamiento asturiano, el año siguiente sale en dos ediciones: una por la Editorial B de Bogotá y la otra por la vallesoleta Difácil. Existe también una edición italiana, publicada en 2012 por la editorial Sinopia de Venecia, magníficamente traducida por Claudio Cinti, quien es también autor de la nota final *Oltre il giardino. Sulla traduzione di «Cajambre»*.

El protagonista de *Cajambre*, que es también el narrador en la forma pronominal de la primera persona, no es Elipsio, ni tiene un nombre propio. A lo largo de toda la historia los demás personajes no lo nombran nunca. En

cambio, lo que sí identifica al narrador es el cuerpo y sus facultades, en particular las que despliegan sus ojos y sus oídos. Es así cómo el personaje analiza y otorga sentido a la vivencia de su hábitat, la percepción del mundo que le sale a su encuentro. Ver y oír hasta se convierten en un modo muy subjetivo de medir el tiempo, el paso cíclico de días y noches marcado por los aparatos de la técnica y los fenómenos de la naturaleza, en perenne conflicto. Así el protagonista narra el comienzo de su viaje al río Cajambre:

Mucho había que ver en Cajambre, ya me iría enterando de a poco, y en lo que respeta a oír, pronto comprendería que el día se dividía entre el chirrido de las máquinas cortadoras del aserrío, sin parar, hasta que en la tarde y en la noche lo reemplazaba el estrépito de los insectos. Sólo cuando las máquinas necesitaban repuestos o en los domingos en la mañana, reinaba ese hermoso silencio que la selva puede traer, ya que la tarde aturdió con la maldición de los radios transistores sintonizados con las estaciones de Buenaventura. (Romero 2010, p. 13)

La ciudad porteña de Buenaventura está un poco más al norte del delta del río Cajambre, que se encuentra en la zona del Valle del Cuenca, en el Pacífico. Allá la selva, con sus manglares, llega literalmente hasta el mar invadiéndolo, pues modifica, enreda y cubre los deltas de los grandes ríos como el Cajambre. Es una zona de grandes recursos forestales y materias primas, que por ello en las décadas de los 70 y 80 es duramente explotada por empresas y gente que llegaban de otras partes de Colombia o incluso del exterior. La acción de la novela transcurre en este territorio selvático, que en gran medida desconocen hasta los propios colombianos. Un ambiente en el que tierra y agua se confunden, la cuna de la cultura afrocolombiana del Pacífico. En su temprana juventud allí vivió algunas temporadas Armando Romero quien, al igual que el narrador, al cabo de un tiempo va a visitar el aserrío de sus tíos Armando, Berta y Hernando (en la novela *Arsecio*, *Elodia* y *Segundo*, respectivamente), a los que el libro está dedicado.

El aserrío es parte integrante del territorio, los trabajadores y los dueños viven en simbiosis con el medioambiente del delta del río, siempre a mitad de camino entre la precariedad de la condición humana y la energía de una naturaleza sublime:

Imponente, el Cajambre bajaba arremolinado y espejante desde lo alto de la cordillera hasta el mar. Ahora, río arriba, la lancha cortaba en dos las aguas y abría entre rugidos un sirco violento, lechoso. El sol de la tarde, oblicuo, reflejaba al fondo la vegetación tupida de la selva. De vez en cuando, cerca de la orilla, se veía un potrillo cargado de bananos o plátanos deslizándose sin ruido, y un grito de saludo llegaba vagamente hasta nosotros. Asimismo, una casa de palafito, regularmente deshabitada y destartalada, se erguía en un claro de la ribera. En el

Cajambre uno sentía la apabullante soledad de la selva, y era esa sensación de estar desnudo, desprotegido, la que se perpetuaba entre el verde de la maleza y el barro de las aguas. (Romero 2010, pp. 37-38)

Verde y marrón son los colores primarios de descripciones, a menudo impresionistas, que en esta novela contribuyen a esbozar un espacio intermedio entre el agua y el lodo, entre el ramaje y la raíces, con el azul del cielo por encima de los árboles o el azul del mar al horizonte. Pero no sólo eso: también la escritura encuentra un estilo intermedio entre lo natural y lo mágico, propio de esta geografía colombiana, pues la selva tropical, hecha de agua, tierra y vegetación, se abre a aquello que la filosofía griega clásica llama lo «inmutable». Aparentemente inmóvil, igual a sí misma, la selva alberga el movimiento de un número infinito de criaturas que a su vez abren espacios, húmedos y oscuros, entre agua, lodo y serrín, sin contar con otras formas de vida sedimentadas por las mareas. Se trata principalmente de insectos, pero también de serpientes, ranas y otros seres anfibios, siempre venenosos, peligrosísimos, con los que los seres humanos tienen que convivir desde el comienzo de la novela:

La noche tiene muchos ojos [...] aquí en Cajambre. Los ojos de los chinches, en el colchón, son pequeñitos, los de los murciélagos, en el techo, oscuros y directos. Son vampiros también, e los negros los llaman chimbilacos. Debajo de la cama, corrían entre las ratas, las culebras, que se las comían, todas ellas llenas de ojos, vibrantes, escurridizas. El suelo que se mueve, lo invisible. Y en el inodoro, al lado del mar, con el hecho sobre la olas rompientes, las ranas, y esos ojos grandes, que nunca se cierran. (Romero 2010, p. 8)

En este ambiente, la acción se abre *ex abrupto* con la noticia de la muerte de Ruperta, una joven obrera negra, sensual y bellísima. En una noche oscura, entre los manglares, una bala entre los ojos acaba con su vida. A partir del *incipit* - «Fue la noche la que mató a Ruperta» -, se plantea la necesidad de solucionar ese enigma, de llegar a saber quién era Ruperta, quién pudo ser el asesino y por qué la mató. Tal como la *puja*, es decir, la marea que entra y sale del río, estos interrogantes vuelven una y otra vez a lo largo del relato, insertados en la crónica cotidiana de los aserríos. Se crea, pues, la *suspense* típica de la novela negra.

Cajambre tiene las características del género, aunque para resolver el misterio el autor decide no utilizar el método deductivo clásico. El personaje que, por su curiosidad e inteligencia, se podría acercar al arquetipo del detective es el tío Segundo. Después del narrador y de Ruperta, que es el móvil de la historia, quizás sea Segundo la figura más interesante. Junto con los otros tíos Arsecio y Elodia, tío Segundo lleva la contabilidad y vive en el aserrío, si bien no encaja con el paisaje del Cajambre, siendo un ver-

dadero dandy, un hombre civilizado y liberal desde el punto de vista ideológico, que se limita a observar con curiosidad la vida en la selva. Es suyo el recurso que resuelve el misterio de la muerte de Ruperta, haciendo hincapié en la psicología supersticiosa de la población, es decir aprovechando su temor a la *tunda*, el duende demoníaco y femenino de la noche.

Dentro del enredo previsible de la novela negra, *Cajambre* es la primera tentativa de narrar literariamente la vida de una región desconocida de Colombia, cuyos habitantes son africanos en su mayoría, con lo que comporta este hecho desde el punto de vista cultural. Hasta los *blancos* que han sabido establecerse allí se llaman *negros*, como por ejemplo otro tío del protagonista, Arsecio. Está casado con Elodia, una mujer enérgica y pragmática, decidida y libre. Junto con Arsecio, Elodia lleva los negocios del aserrío y cuida también de la comunidad de obreros y otras personas que dependen de la industria de la madera. Dice el narrador a propósito del matrimonio:

Yo lo miraba y lo sentía desaparecido en el verde de la vegetación, en el color marrón-rojizo del río revuelto, y si algo lo ataba al mundo de los blancos era su gran amor a por mi tía, a quien le debía los años de solidaridad y trabajo en la lidia con esos bosques, que de lo bello iban a lo infernal. Ya los hechos, el suceder de los días del aserrío, de los negocios, no parecían importarle. Lo hacía por ella y porque no tenía otra forma de ser. El futuro era hoy más hoy, como la gente del Cajambre. (Romero 2010, p. 141)

La acción de la novela se desarrolla en un tiempo preciso y circular, el que corresponde a una novena: nueve días y nueve noches dedicados a la vigilia del cuerpo de Ruperta, a su entierro y al adiós definitivo a su *sombra*, su alma. Nueve días y nueve noches en los que, sin embargo, todo parece inmóvil al igual que el río, el cielo, la selva, según la duración del mito, del cuento infantil, de la leyenda. En un momento dado Arsecio le pide a Serafín, un obrero *negro* de confianza, que le cuente a su nieto la historia de Cajambre. El relato empieza con estas palabras:

Esto río es más viejo que todos nosotros y lo será siempre. Miren. Por acá vino un hombre blanco, y él empezó allá arriba, por la parte baja de Los Farallones a buscar oro. Y con él vinieron un montón de esclavos. Porque en ese entonces los negros éramos esclavos, ustedes saben. Pero había también los cimarrones, los que se escapaban, y con todos ellos explotaban las minas. Después el oro se acabó y las compañías se fueron para el Chocó y hacía allá no sé hasta dónde. Entonces llegó la madera, trabajar con los árboles, y la gente que ya se había venido antes a la costa, acá a la boca de los ríos, para pescar y cultivar, pues se puso a cortar madera. Así se hizo Pital. Nosotros somos los renacientes. Eso es. Pero el río es el mismo, no cambia. Los ríos no tienes pasado como nosotros. (Romero 2010, p. 142)

El asesinato de Ruperta se inserta en este espacio-tiempo mítico como un hecho excepcional, un evento que rompe la rutina de la vida cotidiana y lo altera todo, el ambiente del Cajambre y las relaciones sociales. Entre la gente se forman diferentes opiniones. Los hombres y las mujeres, por ejemplo, tienen visiones diametralmente opuestas. La muerte violenta de Ruperta desencadena pasiones, envidias y celos entre quienes estaban enamorados de la mujer, entre ellos el supuesto asesino, Horacio Flemming, un suizo llegado al Cajambre en busca de oro.

Aquí la lengua es mimética, Armando Romero quiere acercarse al habla de sus personajes, tratando de utilizar el tono del cronista - a la manera de Hemingway, más que en la senda de realismos más o menos mágicos - a fin de reconstruir con una sensibilidad etnográfica las biografías y las costumbres de aquella parte de su país. A veces, el discurso roza el género del tratado, a partir de las informaciones sobre platos típicos como el *sancocho* y sobre bebidas alcohólicas como el *aguardiente* y *biche*. La descripción se extiende hasta la vida de la comunidad, por ejemplo representando el intercambio de parejas que aquellas poblaciones practican normal y pacíficamente entre las diferentes aldeas.

De esta manera el autor lleva a la novela también el tema de la colonización de aquella zona de Colombia, afrontando la variedad de su gente - los *paisas*, los negros, los *culimochos*, los mulatos - y las relaciones económicas y de poder. El acercamiento sigue entonces un método abocado a la cronología del historiador, al principio de causa/efecto para investigar las dinámicas sociales de aquellas comunidades y así presentar, en escala reducida, la paradoja política que atañe a toda América Latina: la gran riqueza de materias primas y la gran pobreza de las poblaciones, las distintas declinaciones de la explotación y la violencia. Cajambre es el lugar donde había mucha riqueza - minas de oro y recursos naturales como la madera - y a la vez la población más pobre de toda Colombia. De los tesoros de esta región se han apoderado los blancos que han condenado los negros a trabajar en condiciones miserables: por lo visto, una historia tremendamente actual.

Esta división de papeles entre blancos y negros está clara desde el principio y no sólo a nivel político. Ante todo, se trata de mundos simbólicos diferentes, donde creencias, supersticiones, costumbres y ritos heterogéneos se muestran indisolublemente enlazados. Figuras interesantes, desde este punto de vista, son el Padre Jiménez y Secundino. El primero representa la ritualidad católica de los ocupantes españoles, mientras que el segundo es el brujo. Representantes de dos liturgias aparentemente opuestas, a nivel narrativo los dos personajes están en el mismo nivel, junto con sus prácticas. A pesar del hecho de que el punto de vista del narrador es el de un hombre joven blanco y educado en la ciudad, la escritura consigue neutralizar la mirada de superioridad típica de aquella procedencia social y cultural. A veces, ni los personajes son lo que aparentan: la misma figura de Padre Jiménez, por ejemplo, lleva en sí una ambigüedad de fondo que lo

muestra al principio como muy conservador y luego como un simpatizante sincero de la teología de la liberación.

Históricamente los hechos narrados en *Cajambre* se colocan en los años 60, los años de las tensiones revolucionarias y de las reivindicaciones de los derechos políticos y sociales no sólo en América Latina. El contexto histórico resulta paulatinamente más claro a medida que la novela avanza y se hace más explícita la figura de Ruperta y su carácter político. La mujer hacía denuncias para evitar la explotación de las *piangüeras*, un gremio de obreras al que ella misma pertenecía. Ruperta es pues una revolucionaria y entonces saber quién la mató y por qué cobra un valor político. Ruperta podría fácilmente interpretarse como un símbolo de la resistencia de los descendientes africanos de Cajambre contra la explotación violenta del territorio; pero el personaje representa algo más. A través de su caso, Armando Romero rinde un homenaje no sólo al río y a su geografía, sino también a su gente y en particular a sus mujeres.

Finalmente *Cajambre* es una deuda que el autor se paga a sí mismo, a su biografía y a la memoria de su propia familia, a la cultura del litoral del Pacífico colombiano, a su tradición literaria. Miguel Ángel Bernal Barreto, de hecho, evidencia en la escritura de este autor ciertas semejanzas con el estilo de los cronistas de Indias, con las novelas caucanas del siglo XIX, (*El alférez real* de Eustaquio Palacios, *María* de Jorge Isaac y *La Vorágine* de José Eustasio Rivera). Sin embargo, José Prats-Sariol, saca algunos parecidos también con *Comala* de Juan Rulfo y con el *Viaje a la semilla* de Alejo Carpentier. Entre los escritores de matriz anglosajona por otra parte, además de Hemingway, otro nombre que podría ser pertinente es el de Malcolm Lowry.

Novela policial, crónica de viaje, diario de un joven escritor, ejemplo de microhistoria, estudio antropológico, tratado geográfico, geológico, hasta entomológico, en esta novela no podía faltar tampoco una dulce historia de amor que se queda al fondo de la acción general entre el protagonista y Mar, una joven estudiante de ciencias forestales, una verdadera «musa bacteriológica» como la define el mismo narrador.

Bibliografía

- Barreto, Bernal; Ángel, Miguel (2014). «Cajambre o la herida del tiempo que no cesa de sangrar» [online]. *Con-fabulación. Periódico Virtual*. Disponible en <http://confabulacion221-260.blogspot.it/2011/07/cajambre-o-la-herida-del-tiempo-que-no.html> (2014-02-15).
- Prats-Sariol, José (2012). «Magias en *Cajambre*» [online]. *Aleph*, 160, Enero-Marzo, p. 78. Disponible en <http://it.calameo.com/read/000948328a65adfc9b7c6> (2014-02-15).
- Romero, Armando (2010). *Cajambre*. Fundación de Cultura: Ayuntamiento de Siero.